

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

117

Y como hablando consigo mismo...
Y así vive en el mundo la gente de
viva en el mundo...

TEJON

CAMINO ADELANTE

Comedia en dos actos, en prosa, estrenada
en el TEATRO CERVANTES el día 11 de Fe-
brero de 1913.

PERSONAJES

SACRAMENTO

DORA ANUICIACION

ANUNCIA

LA DEMANDADERA

EL PADRE GUSIBIO

CLEMENTE

ROMERAL

EL SEÑOR RAPOSO

PERSONAJES

SACRAMENTO
DOÑA ANUNCIACIÓN
ANUNCIA
LA DEMANDADERA
JUANA
ECHEVARRIETA
AGUSTIN
DON FLORENTINO
EL PADRE EUSEBIO
CLEMENTE
ROMERAL
EL SEÑOR RAPOSO

ACTO PRIMERO

Una salita de pueblo con las paredes pintadas de azul claro, muy alegre y muy limpia. Al foro, rejas.

Forillo, un patio con plantas verdes.

Un gran brasero de bronce. Cuadros de Santos y algún paisaje. Sillas y butacas de paja blanca, antiguas.

Una arqueta y flores naturales en vasos. Un cuadro antiguo, «negro y borroso», con un marco magnífico, grande.

La acción de los dos actos en Villalinda. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.

El acto primero ocurre durante el mes de Abril. Es de día, con sol en el forillo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANUNCIACIÓN, sentada beatíficamente: CLEMENTE y ANUNCIA, sentados también.—Estos, AGUSTÍN, ECHEVARRIETA y JUANA, visten de luto, lo mismo que SACRAMENTO.

ANUN.—¿Qué hora es?

ANUNCIA.—

CLEM.—

(A un tiempo.)

Las nueve menos cuarto, mamá.
Las nueve y cuarto, mamá.

ANUN.—Como tú siempre dices de menos, Anuncia, y tú siempre dices de más, Clemente, de entre los dos saco la hora exacta. Las nueve. ¿Y Agustín en la cama todavía?... ¡No me quedaba más por ver en este mundo!

CLEM.—Poco te había quedado...

ANUNCIA.—¿Quieres que lo llame?

ANUN.—¡No, no! Vendrá rendido de tantos meses de estudio.

CLEM.—Si fuera yo el dormilón ya estábais pasándome por la cara la toalla mojada en agua fría.

ANUNCIA.—¡Si vieras qué muecas haces!...

CLEM.—Para otra vez despiértame con el espejo delante: que también yo disfrute de mis muecas.

ANUN.—Pero no te compares tú...

CLEM.—Qué he de compararme con un sabio, con un talentazo, con un hombre que gana la cátedra de anatomía en San Carlos...

ANUNCIA.—Muy listo y muy estudioso, si lo es.

ANUN.—En el pueblo le llaman la gloria de Villalinda.

CLEM.—Se lo van llamando, sí, pero es a fuerza de oírte lo a tí, mamá.

ANUN.—Porque sea mi hijo no voy a negarle

talento. ¡Ya veréis a donde llega en Madrid! Y bueno, bueno, que no hay más bueno que él.

CLEM.—Gracias, gracias.

ANUN.—Ayer salió su nombramiento en la *Gaceta* y ayer mismo ha venido a este rincón de Villalinda para darme un abrazo.

CLEM.—Un abrazo y de paso a lo de las partijas.

ANUN.—Te equivocas.

ANUNCIA.—Ya dijo anoche que él no lo necesita ahora y que es mejor para todos que su parte continúe unida en el negocio.

ANUN.—Y antes de hablar con esa ligereza de Agustín, has debido pensar que es el hermano mayor, el único amparo que nos queda después de la desgracia nuestra. ¿Habéis rezado por la memoria de vuestro padre?

ANUNCIA.— } Sí, señora.

CLEM.— }
ANUN.—(Afligiéndose.)—¡Cinco meses ya...!

ANUNCIA.—(Yendo a ella.)—No te aflijas...

CLEM.—Y tampoco hay para exagerar así nuestra posición, que no estamos en medio de la calle. La fábrica sigue funcionando y nosotros cobramos nuestra renta como siempre.

ANUN.—¡¡Sólo faltaría que nos la quitaran!!

ANUNCIA.—La fábrica es nuestra. ¿Quién nos la va a quitar?

CLEM.—Ahora habrá que partir las ganancias y la fortuna, aunque lo nuestro quede ahí también hasta que seamos mayores de edad.

ANUN.—¿Dividir la fábrica? ¡Ay, esto me faltaba que ver!

CLEM.—Pues lo verás. No vamos a ser unos niños eternamente, y la legítima de papá hay que entregárnosla. Con tal de que hasta entonces no nos robe mucho el administrador.

ANUN.—Clemente, hijo, no hables así del señor Echevarrieta, que es una persona muy digna y muy temerosa de Dios.

CLEM.—Eso es lo que me intranquiliza a mí: si no hiciera malas cosas ¿por qué le iba a tener tanto miedo a Dios...?

ANUN.—Calla, calla: es un pensamiento injusto y temerario. Tu padre, que en gloria esté, confiaba en su honradez: tu hermano, que tiene ese talento, también le confía sus intereses... ¿por qué vas a recelar tú que no eres más que un mozalbete?

CLEM.—Motivo no tengo, es cierto; pero mire usted, mamá, él tiene el dinero... no es mucho que yo tenga la desconfianza.

ANUN.—Calla, calla, hijo; no vaya a oírte quien no te conozca y se figure que eres tú el capaz de cometer esas bajezas. Ven, Anuncia, acércate y recemos dos Padrenuestros por el mal pensamiento que tuve.

CLEM.—(Aparte a Anuncia.)—Reza cuatro: los dos míos también.

ANUNCIA.—¡En seguida!

CLEM.—Ahora.

ANUNCIA.—No. Este en seguida significa que no pienso en tal cosa.

CLEM.—Cada día entiendo menos el castellano.

ANUN.—¡Ven, Anuncia!

ESCENA II

DICHOS. JUANA por la derecha

JUANA.—Señorita... el señorito duerme todavía. He pegado el oído al ojo de la cerradura y se le oye respirar dulcemente. Luego volveré a mirar si se levanta.

ANUN.—¡A mirar, no! Piense usted, Juana, que el señorito Agustín es ya un hombre.

JUANA.—Ya lo había pensado, señorita...

ANUN.—Llame usted siempre antes de entrar.

JUANA.—Muy bien.

CLEM.—Y si es preciso, llama también para que te dejen salir.

ANUN.—¡Clemente!

CLEM.—Lo dije para que no diera un golpe a alguien en el corredor.

ANUN.—Las puertas abren para adentro.

CLEM.—Entonces que no llame.

ANUNCIA.—(Dándole un codazo.)—Cállate.

ESCENA III

DICHOS; la DEMANDADERA por la izquierda

DEM.—Ave María.

ANUN.—Gratia plena.

DEM.—¿Están ustedes bien...?

ANUN.—¿Y usted?

DEM.—De parte de la madre Superiora que hagan el favor de aceptar esos dulcecitos para que los pruebe el señor catedrático.

ANUN.—Muchas gracias. Recógelos, Juana.

(Mutis Juana por la derecha.)

DEM.—Dígale que ya los puede tomar con to-

da confianza: están hechos por las mismísimas manos de la madre Lectora.

ANUN.—¿Será posible...?

DEM.—Como usted lo oye. Ya sabe usted, doña Anunciación, que la madre Lectora se equivoca en muchas cosas, pero en el punto del almibar parece que es una inspiración del Altísimo que le va diciendo: «Un poquito más de canela, sor Estefanía... y un poquito más de azúcar; no deje hervir más, sor Estefanía...»

ANUN.—Sí que lo parece.

CLEM.—Lo es, de hijo.

DEM.—Y esto es un escapulario, bordado con hilo del manto que se le estropeó a la Santísima Virgen de las Angustias. Me dijo la Reverenda Madre que no dejara de ponérselo, que le ha de hacer mucho bien espiritual...—(Con algo de misterio.)—Sobre todo para Madrid.

ANUN.—Se lo pondrá, ya lo creo, pero no tenga miedo. Mi hijo Agustín es muy buen cristiano.

DEM.—Ya lo sé, y Dios se lo conserve en gracia muchos años; pero Madrid es un infierno. Según dicen, por allí andan sueltos muchos demonios y muchas demonias.

ANUN.—¿Qué me va a contar...?

DEM.—¿Estuvo usted, verdad?

ANUN.—Dos veces, y de una cinco días seguidos. Mire, en la casa donde paramos había un Magistrado del Supremo: ya ve que debe ser una persona de respetabilidad y de juicio... Bueno, pues hubo días que a las diez de la mañana aún no amaneciera.

DEM.—¡Jesús!

ANUN.—Y sano, no crea que por enfermedad, no.

DEM.—¡Jesús, qué Madrid! ¡No me cuente más que sabrá horrores...!

ANUN.—Figúrese... Dígame, y de doña Agustina, ¿qué noticias?

DEM.—Muy medianas: temen que se quede ciega.

ANUN.—¿Ciega, una señora tan honrada? ¡Era lo que me faltaba por ver en este mundo!

CLEM.—(*Aparte a Anuncia.*)—Me parece que a mamá le faltan muchas cosas que ver...

ANUNCIA.—Algunas aprenderá contigo, que eres muy descarado.

DEM.—(*Despidiéndose.*)—Con su permiso, que aún voy a otros recados... ¿Irá el sábado a la fiesta? No deje de fijarse en el rizado de las sobrepellices: son de sor Anselma. ¡Es increíble

que la perfección humana pueda llegar a tanto!

ANUN.—Me fijaré.

DEM.—¿Mandan algo...?

ANUN.—Nada, que muchísimas gracias y que él mismo irá a dárselas de palabra.

DEM.—Cuando guste. Servidora...

(*Mutis la Demandadera por la izquierda.*)

ESCENA IV

DICHOS, MENOS LA DEMANDADERA

ANUN.—Clemente, hijo, ¿te has fijado?

CLEM.—Sí, señora: no es fea...

ANUN.—¡¡Clemente!! Digo si te has fijado en los obsequios...

CLEM.—También, también. (*Aparte a Anuncia.*)—Sermón...

ANUN.—¿Ves como todo el pueblo festeja y agasaja y se honra con la presencia de vuestro hermano? ¡Es una gloria para Villalinda!

CLEM.—Lo iba a decir yo...

ANUN.—Un hombre eminentísimo, un pozo de ciencia y de sabiduría, y sin embargo, la humildad personificada. ¿No observaste anoche que yo le autoricé para dirigir el rosario, y él,

por humildad, por deferencia a mí, no quiso...?

CLEM.—(*Aparte a Anuncia.*)—¡Y porque no sabel

ANUNCIA.—¡No ha de saber!

CLEM.—¿Qué te apuestas?

ANUN.—Imítale, hijo, imítale. Estudia, aprende... quizá algún día, como hoy a tu hermano, también te obsequien a tí en Villalinda.

CLEM.—Sí, señora...—(*Aparte a Anuncia.*)—Sí, vov a estudiar seis cursos de bachillerato y otros seis de carrera mayor para que al cabo de doce años me regalen cuatro pesetas de alimbar. ¡¡Es todo un plan de enseñanza...!!

ANUN.—¿Qué dice?

ANUNCIA.—Que estudiará, mamá.

ANUN.—Dios lo haga.

ESCENA V

DICHOS; JUANA por derecha

JUANA.—(*Rápida.*)—Señorita, ya se ha despertado el señorito Agustín.

ANUN.—(*Levantándose.*)—¿Y qué?

JUANA.—(*Sorprendida.*)—Cómo ¿y qué...?

ANUN.—¿Pide algo? ¿quiere algo? Anda, Clemente; anda, Anuncia.

JUANA.—Ya le he preguntado y respondió que no.

ANUN.—Quietos entonces...

CLEM.—Mamá, yo no te niego que Agustín sea un pozo de ciencia y un arroyo o un mar de sabiduría; pero, después de haber dormido toda la noche, yo no le encuentro nada de particular a que se levante ahora.

ANUN.—Ni nosotras.

CLEM.—Pues no os emocionéis así. Dejadlo que se lave y que se vista... y ya vendrá.

ANUN.—Tú no quieres hacerte cargo del mérito que supone haber triunfado en unas oposiciones...

CLEM.—Sí, mamá, sí. Y cuando se habla de su cátedra lo admiro y lo felicito con la misma cordialidad y con el mismo entusiasmo que todos, pero es que vosotras, desde ayer, os estáis admirando de cómo parte las naranjas, de cómo enciende los pitillos y del modo encantador de comerse la ensalada. ¡Y eso no, mamá, eso no! Agustín es un catedrático por oposición, un hombre eminentísimo, un médico de valer excepcional... ¡concedidlo!... pero la ensalada se la come Agustín igual que todo el mundo, y yo no transijo con tener que admirarle en ese momento.

ANUN.—No seas envidioso, Clemente. La soberbia aún se puede disculpar, pero la envidia no, que siempre fué camino de perdición.

CLEM.—¡Es que vosotras sois tontas de la cabeza a los pies!

ANUNCIA.—Tú no tanto: de la cabeza nada más.

CLEM.—(Amenazándola.)—¡Si no estuviera mamá...!

JUANA.—¿Preparo el chocolate?

ANUN.—Si; ponle bizcochos. Tú, Anuncia, ¿los bizcochos?

ANUNCIA.—No sé: en la despensa estarán...

ANUN.—¿Querrá pan tostado? ¿Qué os parece?

CLEM.—No sé, mamá; para mí es un conflicto...

ANUN.—Voy a preguntárselo.

(Mutis doña Anunciación por derecha.)

ESCENA VI

DICHOS, MENOS DOÑA ANUNCIACIÓN.

ANUNCIA.—Hace bien mamá al reprenderte.

CLEM.—¡Buena hipócrita eres tú...! ¡Y ya estoy más que harto de sermones!

ANUNCIA.—Tú los necesitas.

CLEM.—Lo que necesito yo es que pasen a escape los años que me faltan para la mayoría de edad, coger mi legítima y largarme.

ANUNCIA.—¿Tan mal te tratamos?

CLEM.—Mal, y además aburrido, que es mayor mal todavía.—(A Juana.)—¿Y tú, qué figoneas aquí? ¿Enterarte de lo que hablamos para contar lo luego?

JUANA.—(Afligida.)—Yo no soy chismosa...

CLEM.—Apenas...

JUANA.—Que si lo fuera, alguna cosa podía contar. Y por mí no sabe nadie que la señorita baja a la reja...

ANUNCIA.—¡¡No lo creas!!

CLEM.—No lo creo... y eso que te he visto yo también.

JUANA.—Y si yo le dijera a la señora que todas las noches tengo que poner la cómoda detrás de la puerta de mi cuarto...

CLEM.—Te reñiría.

JUANA.—¡A usted!

CLEM.—A tí, porque estropeas los muebles con moverlos tanto.

JUANA.—¡Ya veríamos a quien...!

ESCENA VII

DICHOS. SACRAMENTO por izquierda con una bandeja, en que trae el chocolate y golosinas, coquetonamente arreglada.

ANUNCIA.—(*Sin mal gesto: con sorpresa.*)—
¿A dónde vas con eso?

SAC.—Para Agustín.

CLEM.—No había que preguntarlo. ¿No ves qué coquetona ha preparado la bandeja...? ¿No ves que trae golosinas además del desayuno? Y como para nosotros no pierde el tiempo en esos primores... ¿qué duda cabe de que son para el sabio, para el predilecto, para el único de la casa?

SAC.—No pensé que estuviera mal hecho...

CLEM.—Al contrario: demasiado bien. Es como si dijeras: «mira lo que te traigo». Ni tu madre, ni tu hermana, ni tu hermano, se cuidan de eso; pero yo, Sacramento, la primita, sí me cuido muy gustosa. Agradécemelo a mí...

SAC.—(*Emocionada, pero disimulando.*)—Es como decirlo, sí... pero no es como haberlo pensado... ¡Te lo juro!

CLEM.—Basta la palabra...

SAC.—(*Entregándole la bandeja.*)—Llévala tú, Anuncia...

CLEM.—Supongo que no harás esa tontería, ¿eh...?

SAC.—(*Cortada.*)—Entonces... que la lleve Juana.

CLEM.—Que la lleve...

(*Juana coge la bandeja.*)

SAC.—Y dispensadme vosotros la torpeza...

ESCENA VIII

DICHOS. AGUSTÍN por derecha.

JUANA.—¡El señorito Agustín!

AGUS.—(*Amable, campechano y natural.*)—
Hola, buenos días todos.

JUANA.—Buenos los tenga usted.

AGUS.—(*Besa a Anuncia y a Sacramento, a las dos con igual llaneza, y da una palmada a Clemente.*)—¡He dormido como un lirón! ¡Diez horas seguidas! Y aun no aseguro que esté despierto!...

ANUNCIA.—Habrás soñado que explicabas tu primera lección.

AGUS.—No, no, dormir nada más. Después de

seis meses de sueño intranquilo, primero con la desgracia del pobre papá, y luego con el ansia de las oposiciones y la esfinje pavorosa del tribunal que se me aparecía preguntándome siempre lo que menos estudiara.

ANUNCIA.—(A Clemente.)—Contigo ya hubieran tardado en buscar lo que menos sabes...

AGUS.—Ahora empezará de firme, ¿verdad...? Pues hasta hoy no he dormido a placer, con ese descanso pleno que da la certeza de saberse con el porvenir sujeto a una carrera afortunada, y con la alegría de que al despertar he de hallarme entre los que yo quiero y me quieren, la madre, la hermana, el hermano y la primita adorable, una hermana más.

CLEM.—Enhorabuena, hombre.

AGUS.—La acepto por todo: por mi cátedra, por veros, por estar aquí... ¡por todo, por todo!

JUANA.—El desayuno, señorito Agustín.

AGUS.—¿Almorzaremos temprano, según costumbre? No quiero nada...—(Viendo la bandeja y riéndose encantado.)—Espera, espera... No quería tomar nada, pero tanta golosina me da la tentación de pellizcar en algo. Gracias, Anuncia: se ven tus manos primorosas...

ANUNCIA.—Pues no son las mías.

AGUS.—¿Mamá...?

ANUNCIA.—Tampoco: Sacramento.

AGUS.—Gracias, Sacrita. Parte un dulce conmigo.

SAC.—No...

AGUS.—¿Cómo que no?

SAC.—No, señor...

AGUS.—¿Señor...? ¿Pero con quién hablas, Sacra?

SAC.—Con usted.

AGUS.—(Riendo.)—¿Te da miedo el señor catedrático?

SAC.—Con ti...

(Se echa a llorar y mutis por izquierda. Juana mutis por derecha.)

ESCENA IX

ANUNCIA, CLEMENTE y AGUSTÍN

AGUS.—(Cortando bruscamente la risa y después de una pausa que interroga con la mirada.)

—¿Qué le ocurre a Sacramento, Anuncia?

ANUNCIA.—Nervios.

AGUS.—¿Pero nervios solos o nervios con vosotros?

CLEM.—Es una niña muy consentida. Ahora mismo, sin que nadie se lo mandara, te llevaba el desayuno primoroso que tú has visto.

AGUS.—¿Sin que nadie se lo mandara...? ¿Soléis celebrar consejo para llevar una jícara de chocolate?

CLEM.—Entiéndeme...

AGUS.—Entiendo, entiendo. Esa observación, en boca de mamá, podría significar algo: diciéndola tú, has de comprender que resulta poco airoso para tí, habiendo mujeres en la casa, que te mezcles en la molienda o que acapares el molinillo.

CLEM.—Prefiero no contestarte.

AGUS.—Mejor será: sobre todo si no encuentras contestación.

CLEM.—Un descaro se dice pronto.

AGUS.—Sí, muy pronto. Pero yo no he conocido a nadie que los diga mientras le queda una razón para replicar con ella.—(Pausa.)—¿Se terminarán las tuyas...? Pues se terminaron las mías.—(Abrazándolo.)—¿Me dispensas?

CLEM.—Claro.—(Un poco forzadamente.)—¿Y tú a mí...?

AGUS.—Te he corregido porque desgraciadamente ahora me incumbe esa misión... y créeme

que lo siento bien. Eres muy chico, la vida no te ha maltratado y fantaseas un poco... Oyeme, Clemente, no cometas nunca una mala acción... pero si es indispensable, antes que decir una mala palabra, comete, comete la mala acción.

ANUNCIA.—¡Vaya un consejo!

AGUS.—No es un consejo: es una experiencia.—(Cogiéndolos afectuosamente.)—Y aprovechemos este momento para quedar conformes nosotros tres en lo que hemos de hablar con el administrador, ya que con nuestra madre no podemos contar para negocios.

CLEM.—No los entiende.

ANUNCIA.—Ni quiere.

CLEM.—Con decirte que ignoraba que se han de hacer partijas de la herencia de papá...

AGUS.—Eso, aunque no lo supieras tú por ahora, poco perdías. Tratémoslo, pues, nosotros amistosamente y como buenos hermanos.

ANUNCIA.—Lo que tú dispongas lo aprobaremos.

AGUS.—Gracias. Sin embargo, mejor es que vayamos de acuerdo. Mamá es una santa, pero no tiene ni idea de que haya que arreglar cosa alguna por este mundo. Todo lo supone arreglado providencialmente, y cuando llegue su ho-

ra, cerrará los ojos, en la seguridad absoluta de que alguien le arreglará también su vida en la otra vida. Y en ella es natural ese convencimiento. De niña, los abuelos cuidaron de que no le faltara nada: se casó muy joven y fué muy feliz. No ha tenido más disgustos que las enfermedades suyas o de los suyos, y no sospecha siquiera lo que es un desengaño, una felonía o una privación. Nuestro padre le daba anualmente unas quince mil pesetas, y como esa cantidad no le ha faltado ni se ha retrasado un solo día, mamá se figura que en el libro celestial de los destinos humanos hay una línea que dice: «Doña Anunciación Sandoval de Ximénez, sesenta mil reales de renta...» Y aun cuando los recibe de la fábrica, quizás piense que la fábrica no es más que el intermediario entre ella y los ángeles encargados de esta cuenta corriente celestial...

ANUN.—Fácil es que continúe creyéndoselo.

AGUS.—Esa es nuestra obligación. Pero no olvidemos nunca que la fuerza está en ir unidos.

CLEM.—Por ahora...

AGUS.—De ahora se habla. No olvidemos tampoco que esas ganancias no se pueden capitalizar como la renta de una casa o del papel

del Estado. No es un millón de pesetas que al tres o al cuatro dan lo que dan, sino cuarenta y tantos mil duros que con suerte y con trabajo dan el diez o el doce por ciento. Vendida la fábrica para llegar a las partijas es una pequeñez a cada uno: conservándonos unidos y explotándola juntos es un buen negocio para todos.

ANUNCIA.—¡Pues unidos!

AGUS.—Para eso, lo primero es que uno de nosotros se encargue de la Dirección que tenía nuestro pobre padre. Yo no puedo porque llevo otro rumbo y sería una locura tirar por la ventana el porvenir espléndido que se me presenta.

CLEM.—¿Y quién va a ser?...

AGUS.—¿Cómo quién va a ser? ¡tú! No tienes carrera ni la has querido tener: se te presenta una ocasión magnífica de ganarte un buen sueldo, además de tu participación...

CLEM.—Pero yo no entiendo el negocio.

AGUS.—En un par de años te pones al corriente. Mientras, Echevarrieta te ayuda y te enseña.

CLEM.—¡Ca, hombre! ¿Voy yo a encerrarme ahí para toda la vida? ¿Te figuras tú que yo he nacido para teñir sedas y empaquetar lanas?... ¡Vamos!

AGUS.—No sé para lo que tú habrás nacido. Ahora, lo que no creo es que al venir tú al mundo hubieran encargado ninguna especialidad...

CLEM.—Yo tengo otras aspiraciones. ¿No las tienes tú?... Pues de la misma pasta somos.

AGUS.—(*Riendo compasivamente.*)—En la fábrica de pastas estás equivocado.. Yo que tengo una carrera, puedo decir que quiero continuar en mi carrera, pero tú, que no eres nada, ni quieres ser nada, no tienes derecho para negarte a lo único que puedes aceptar.

CLEM.—Aún estoy a tiempo...

AGUS.—Bien. Buscaremos un director. Un sueldo más, un ingreso menos, y un albur a correr. ¡Qué remedio!—(*Levantándose.*)

ANUNCIA.—¡Ay, si yo fuera hombre!

AGUS.—O si lo fuera Clemente.

CLEM.—¡Agustín!

AGUS.—Eres un chiquillo. Espero que aún lo pensarás...

CLEM.—Ya está pensado hace mucho. El mismo Echevarrieta no podía encargarse...

AGUS.—Ni pensar en ello. El administrador es un hombre honrado, muy afecto a nosotros y que lleva admirablemente la contabilidad sencillísima de la fábrica, pero fuera de ahí no sirve

para nada, y además ni el tipo, ni el genio, ni las brusquedades tuyas son compatibles con un puesto como ese. Echevarrieta es un Terranova que sabe contabilidad. No se le puede pedir más.

CLEM.—Pues yo no voy...

AGUS.—Decididamente... ¿no?

CLEM.—Decididamente, no.

AGUS.—Buscaremos el director.

CLEM.—¿Quieres hablar de algo más?...

AGUS.—No.

(*Mutis Clemente por derecha.*)

ESCENA X

AGUSTÍN Y ANUNCIA

ANUNCIA.—Ya me dijo él a mí en varias ocasiones que no estaba dispuesto a esclavizarse en la fábrica.

AGUS.—¿Y tú qué le has respondido?

ANUNCIA.—Realmente; que si tiene otro afán y otra aspiración...

AGUS.—Y el otro afán... ¿cuál es?

ANUNCIA.—Aún no lo ha pensado.

AGUS.—Pues que lo piense con toda calma y

cuando termine que nos lo diga, si acaso vivimos para entonces.

ANUNCIA.—Clemente es muy joven...

AGUS.—Para Capitán General o para decano del Colegio de Notarios, muchísimo: ahora, para empezar con los palotes lo encuentro ya bastante zancudo y no hay temor de que se nos canije porque lo hagamos estudiar.

ANUNCIA.—¡Eres un exagerado!

AGUS.—Tú acertaste con lo que soy.

ANUNCIA.—Y yo creo... que Clemente...

AGUS.—(Atajándola.)—No sigas. Dificilmente se te ocurrirá algo más definitivo para terminar una conversación.

ANUNCIA.—Pero...

AGUS.—Vete, vete. Ya echaste la llave al arca de la familia.

ANUNCIA.—(Riendo.)—Pues adiós, gruñón.

(Mutis Anuncia por derecha.)

AGUS.—Si no fueran los míos reiría de mejor gana por este cándido desconocimiento de la vida que tienen todos ellos... ¡pero son los míos y hay que ampararlos!—(Queda un momento pensativo.)

ESCENA XI

AGUSTÍN y SACRAMENTO, por izquierda

SAC.—¿Te molesto?—(Al ademán negativo, avanza tímidamente.)—Vengo a pedirte que me perdones aquella tontada de antes... (Agustín la pregunta por señas y sonriendo, si es la de las lágrimas, y por señas y sonriendo también, Sacramento responde que sí.)

AGUS.—Si es menester que lo diga, lo diré perdonada.

SAC.—¿De todo corazón?

AGUS.—De todo corazón.

SAC.—(Enseñándole la misma golosina, envuelta en un papel, que antes cogió y dejó Agustín.)—¿Entonces?...

AGUS.—¿Qué es eso?

SAC.—¿Quieres partirlo conmigo?

AGUS.—(Riendo.)—¿El dulce de antes?...

SAC.—Para que no te imaginaras que fué desaire...

AGUS.—(Guardándose.)—Después. Vamos ahora primero al acíbar. Siéntate ahí... y cuidado con lo que se responde, que a mí me gus-